

cian pagar al rey de España un tributo anualmente; pero sobre todo instaban de nuevo para que abandonase el proyecto de ir á su ciudad, para no exponerse á los furros de un pueblo que el mismo rey no podria con- tener. Cortés recibió afable este obsequio y á cada pa- so del supersticioso y pueril Mocteuhezuma, se avivaba mas el deseo de llegar á su corte, donde contaba con grandes riquezas y un rey pusilánime, á la vez que para hacer bambolear su monarquía, contaba con el firme punto de apoyo de la union de su fuerza; y por poderosa palanca, la division de los pueblos: contando ya entre sus aliados á los bravos tlaxcaltecas, atraidos á su partido por una série de triunfos. Despues de algunos dias en que hizo sus preparativos para poder abandonar su fortaleza de *Tzompach*, mandó celebrar el santo sacrificio de la misa, á que asistieron con gran asombro los nobles mexicanos y tlaxcaltecas, y luego emprendió su marcha para la capital de aquella república, conduciendo sus trenes de guerra por medio de quinientos tlamames, hombres de carga, que el mismo senado mandaba para facilitar el viaje de los es- pañoles.

CAPITULO XV.

Entrada y permanencia de Hernan Cortés
en Tlaxcala; su viaje á Cholula: horrible
catástrofe en esta ciudad.

Auxiliado el ejército castellano por los hombres de carga tlaxcaltecas y acompañado Cortés de los nobles de esta república, de sus aliados los totonecas y de los embajadores mexicanos, hizo su entrada á Tlaxcala en medio de las mayores demostraciones de júbilo, y mas

bien parecia que celebraban el triunfo de la república, que el de sus enemigos. La gran ciudad de Tlaxcala una de las mas populosas de la antigüedad; presentaba un risueño aspecto con todas las casas adornadas de festo- nes de flores y multitud de arcos formados de verdes ra- mas, cubiertos con rosas y madre selvas, y la multitud vestida cada uno lo mejor que pudo, acompañada de sus roncros instrumentos de música con que acompañaban sus bailes y cantares, salia á recibir á los extranjeros: las mugeres presentaban ramos de flores á los soldados, y los sacerdotes los perfumaban con las gomas aromáticas que se quemaban en los incensarios. La comitiva se dirigió al palacio del viejo Xicotecatl, que aunque ca- si ciego por su avanzada edad, salió á cumplimentar á los gefes españoles y les mandó servir un almuerzo en que se reprodujeron los testimonios de una alianza per- petua y sincera. El pueblo de la ciudad mezclado con el ejército de los aliados se entregaba á toda clase de regocijos; y por alguuos dias se prolongó la fiesta, que se fué reproduciendo por cada uno de los cuatro gefes entre quienes estaba distribuido el mando de la ciudad.

Los tlaxcaltecas ofrecieron á los españoles en señal de amistad, algunas jóvenes para esposas y en esto halló Cor- tés ocasion para entrar en explicaciones sobre las verda- des de la religion y disuadir á los nativos para abando- nar el culto de las falsas divinidades: estos se conforma- ban en recibir y dar adoracion al Dios de los cristianos; porque en la elasticidad del politesimo no es difícil acom-odar una nueva divinidad; pero se rehusaron negar el culto á las suyas, de las cuales hicieron grandes elogios, principalmente de su Dios Camaxtle y su famosa diosa Matlalcueye, que con tanta abundancia les mandaba las aguas para fecundizar sus fértiles campiñas. El ánimo impetuoso del general no consentia estas esperas y que- ria allanar un asunto tan grave, con la misma violencia

con que lo terminó en Cempoala; pero en tales ocasiones ocurría el P. Olmedo con su prudencia y así se resolvían á tomar el camino de la persuacion, con la cual al fin lograron el bautismo de algunas de las jóvenes destinadas á los españoles y cinco de ellas entre las que se hallaban las hijas de los dos gefes Xicotencatl y Maxixcatzin, fueron dadas por esposas á los gefes Alvarado, Velazquez de Leon, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila.

Tambien consintieron los tlaxcaltecas en que se erigiera un altar para el culto católico, donde se colocó una cruz que era públicamente venerada por los cristianos, y ante ella se ofrecía el Santo y tremendo sacrificio. Solís refiere hablando de esta cruz: que cuando los españoles salieron de Tlaxcala, se le instaba á Cortés porque se deshiciera para no esponerla á las profanaciones de aquel pueblo idólatra; pero que él no quiso acceder y se conformó con recomendar á los gefes del estado que cuidaran de su veneracion: probablemente no hubiera sido muy eficaz este encargo, si el cielo no hubiera cuidado de asegurar con un prodigio el respeto al signo de la redencion. En la noche descendía una nube de una esquisita blancura y se colocaba sobre la cruz en forma de columna, despidiendo un suave resplandor que permitia distinguir aquel prodigio entre las tinieblas de la noche. Los indios contemplaban aquella maravilla llenos de admiracion, y esto facilitó en aquella provincia hacer con mas fruto la predicacion del evangelio. Este milagro lo cuentan Herrera y Solís y entre los autores modernos lo hallamos referido por Prescott, cuya autoridad nos parece de mucho peso por sus sentimientos contra esta clase de acontecimientos.

Durante la permanencia de Cortés en Tlaxcala, le llegó otra embajada de México: y ya que sus regalos anteriores no habian bastado á disuadirlo de su viaje al

centro de la nacion, ahora queria por lo menos evitar su alianza con los tlaxcaltecas, enemigos irreconciliables del imperio. Tanto los nuevos embajadores, como los que lo habian acompañado desde *Tzompachtepetl* se esforzaban en presentar á los tlaxcaltecas con muy siniestros colores, aconsejándole saliera cuanto antes de una ciudad tan pérfida y pasara á Cholula donde el rey habia mandado prepararle cómodos alojamientos y toda clase de proporciones. A su vez, los tlaxcaltecas, que tenian su odio represado contra los choluleses por haber vuelto contra ellos sus armas en una batalla que como aliados daban los dos pueblos contra México, le inspiraban los mas serios temores en aquella ciudad pérfida, y le aconsejaban marchara mejor por Huexutzinco, poblacion franca y amiga de Tlaxcala. Cortés oia estos discursos de ambas partes y sin rechazar abiertamente á cualesquiera de las dos partes, estuvo sobrellevándolas y dando muestras de sincera amistad con ambos pueblos.

A pesar de esta confianza tan ilimitada con que veian los tlaxcaltecas á Cortés, este no dejaba de vigilar continuamente sobre el cuidado de su tropa, para que nunca abandonara sus armas, ni saliera de los cuarteles sin orden suya ni faltaran los centinelas en todos los puntos necesarios para prevenir cualquier ataque repentino. Los gefes de la ciudad se ofendieron por este recelo que creyeron ofensivo para ellos y que indicaba desconfianza en su buena fé, y en este sentido presentaron sus quejas al general; pero él se excusó con demasiada política, haciéndoles creer, que era un deber prescrito por sus ordenanzas militares: y tanto aplaudieron una determinacion tan prudente, que desde luego la adoptó el jóven Xicotencatl para el ejército de la república, así como otros muchos puntos de la disciplina europea de que con sagacidad se imponia, para introducir en sus soldados.

Dejando ya Cortés bien asegurada la alianza en Tlax-

cala con la cual creía llegar al término de su objeto, determinó irse por Cholula á pesar de los informes malos que tenia de aquella poblacion, para manifestar en esto el desprecio con que veia los peligros. Sus nuevos aliados le pusieron á sus órdenes un numeroso ejército; pero el general rehusó llevarlo todo, aceptando solo seis mil hombres y el número de *tlamames* necesario, para conducir los cañones y bagajes; y acompañados de algunos nobles de la república y de la embajada de México que permanecía á su lado, salió para Cholula, en donde fué recibido con aparentes muestras de un sincero regocijo, pues salieron muchas señoras á ofrecer flores al ejército á su entrada y los sacerdotes á quemar el incienso con que debía perfumarse á los extranjeros para darles la enhorabuena por su llegada; pero el semblante público, estaba muy lejos de darles las señales de franqueza y sinceridad, que habia presentado Tlaxcala. Los señores encargados de recibir al general, le ofrecieron cuarteles para el ejército castellano y el de sus aliados los totonecas; pero no así para los tlaxcaltecas, á quienes no quisieron alojar dentro de la ciudad, temiendo que por la enemistad tan profunda de ambos pueblos, se entregaran á algunos actos de venganza: así es, que estos acamparon fuera de la ciudad y los españoles y cempoalceses, en los cuarteles que dentro les señalaron.

Cholula era la ciudad mas antigua de esos contornos; y con la permanencia de Quetzalcohuatl en ella por algunos dias, tomó un incremento tal, que ya en el reinado de Mitl, durante la dinastía tolteca, ya figuraba con esplendor, por el concurso que de todos los pueblos se reunia en sus santuarios á venerar y dar el culto debido á sus divinidades.

Segun lo que se ha dicho, es probable que por algun tiempo se tributó ahí el culto al verdadero Dios; y esto ocasionó la celebridad que adquirió la ciudad, que Cla-

vijero llama, la Roma del Anahuac: y de la cual dice Prescott, «No solo concurría á Cholula el devoto indigente; muchos de los otros pueblos indios tenian templos fabricados por ellos en la ciudad, de la misma manera que algunas naciones cristianas en Roma y cada uno de esos santuarios estaba asistido por los ministros consagrados al servicio de la deidad á quien estaba dedicado. En ninguna otra capital se veia el mismo concurso de sacerdotes, tantas procesiones, tan augusta pompa de ceremonias, sacrificios y festividades religiosas.

En suma era Cholula lo que Meca entre los Mahometanos, ó Jerusalem entre los cristianos, era la ciudad santa del Anahuac.»

Las torres contadas por Cortés segun lo refiere en una de sus cartas á Carlos V fueron cuatrocientas y todas eran de teocallis; pero el mas célebre, así por su antigüedad, como por la divinidad que ahí se veneraba era el de Quetzalcohuatl construido sobre las ruinas de la gran pirámide, destruida pocos dias despues de la salida de aquel misterioso personaje. Por mucho tiempo, Cholula se mantuvo más cerca de la verdad, tributando un culto espiritual y ofreciendo solo sacrificios de flores y frutos; pero contagiado despues con el ejemplo de los otros pueblos, introdujo en sus ritos la sangrienta idolatría de los mexicanos y las aras de sus teocallis se mancharon tambien con la sangre de víctimas humanas.

Ademas era célebre esta ciudad por sus adelantos en las artes, especialmente en fundir los metales, dar color y tejer el algodón y fabricar la loza de barro, que era la mas estimada en todas partes.

A la llegada de los españoles, se les dieron cómodos alojamientos en el atrio de un gran teocalli y sus edificios adyacentes; ahí los visitaron los principales señores de la ciudad, manifestándoles su expresiva consideracion;

y por muchos dias, se les proveyó abundantemente su mesa, por cuyas grandes atenciones, Cortés y sus compañeros fueron alejando de sí, la idea que los tlaxcaltecas habian procurado infundirles en contra de aquel pueblo. Pasados algunos dias, llegó otra embajada mexicana, habló con el general, con los otros embajadores aztecas que permanecian á su lado y salió luego del lugar. Con este incidente, coincidió el cambio de conducta que los españoles recibieron de parte de los choluleses, pues gradualmente se fueron alejando de su trato y negándoles sus atenciones, hasta el grado de no darles ya ni las provisiones mas precisas con el pretexto de la escasez del maíz y otros víveres.

Estas demostraciones de desafecto tenian ya inquieto el ánimo de Cortés, cuando supo por los cempoaleses, que se estaban fortificando muchas calles, que en las azoteas se estaba haciendo gran acopio de piedras arrojadizas, y en algunas calles poniendo agudas estacadas cubiertas con ramas de árboles como para impedir los movimientos de la caballería. En seguida, del campamento de los tlaxcaltecas se dió aviso que las mugeres y los niños se estaban llevando á los montes como cuando se esperaba una guerra en la ciudad: y que cerca de allí estaba un ejército numeroso de aztecas, que parecia estar en ocultas combinaciones con los choluleses. Aun tuvo Cortés mayor certidumbre del plan que allí se tramaba para su destruccion, porque la simpática Doña Marina, con sus amables maneras se habia grangeado el afecto de la esposa de uno de los señores principales de la ciudad: esta señora le anunció el terrible destino que aguardaba á los españoles y le ofreció su casa para que en ella se salvase, pero la fiel intérprete, manifestando su deseo de separarse de la compañía de aquellos hombres se interiorizó bien del proyecto y dió cuenta exacta de todo al general.

Cortés se alarmó sobremanera, porque habia caído en una emboscada, de donde tan difícil era huir como defenderse: todo le era hostil tanto dentro como fuera de la ciudad, y no viendo venir á su lado sino precipicios, citó á sus oficiales á una junta, para deliberar el camino que los salvara de tantos peligros. Diversos pareceres se manifestaron en este consejo, en el que prevaleció la idea del general, para no salir de allí sino despues de tomar una terrible venganza de sus enemigos. Entonces llamó á dos sacerdotes invitándolos á que visitaran con él sus cuarteles: por medio de un trato afable, regalos cuantiosos y la superioridad de su ingenio, logró que los sacerdotes le confirmaran las noticias que se le habian dado; y supo que las primeras órdenes de Moctezhuma, habian sido de recibir amigablemente á los españoles; pero que consultando despues los oráculos y recibiendo de ellos la respuesta de que Cholula seria el sepulcro de los extrangeros, habia mandado dar aquellas disposiciones y aun habia remitido unas varas con correas que se usaban en lugar de grillos y esposas, para asegurar á los prisioneros, de los cuales unos debian ser allí sacrificados y otros llevados con el mismo fin á los principales teocallis de México. Cortés les manifestó su decision de dejar la ciudad y por su mismo conducto invitó á los señores de ella para conferenciar con ellos el modo de hacer su salida.

Los señores comparecieron y Cortés les reprochó su falta de lealtad asegurándoles que no pensaba ya ser por mas tiempo gravoso á la ciudad, pensando hacer su salida al dia siguiente para lo cual solo les pedia dos mil hombres que le ayudasen á trasportar sus trenes. Los gefes choluleses no pudiendo ya negar un secreto de que el general estaba bien impuesto, se escusaron con decir habian sido instigados á ello por los embajadores aztecas de orden de su soberano; pero ofrecieron obsequiar los de-

seos del general, en presentar al día siguiente la gente que les había pedido.

Esa noche se pasó en la mayor alarma por el ejército español: estaban en un campo sembrado de pólvora y una sola chispa podía causar un incendio en que todos perecieran. Los centinelas se doblaron, la artillería se situó en lugar conveniente como si ya estuvieran en el combate, el general y todos los gefes cuidaron esa noche de la vigilancia, estando los caballos ensillados y cada soldado tendido sobre sus armas, esperando con gran ansiedad á cada momento, la señal que se tuviera combinada para su destruccion. En esta general inquietud se pasó la noche cuyo silencio no fué turbado y á pesar de ser una ciudad tan populosa, ningún ruido se escuchaba sino el ronco ruido de los sacerdotes, que de las torres de los teocallis, anunciaban por el curso de las estrellas las horas de la noche á los habitantes entregados á un profundo sueño.

A los primeros rayos de luz, Cortés situó su fuerza en las puertas de aquel extenso atrio en que estaban acuartelados: colocó la artillería convenientemente y distribuyó el resto de la fuerza como le pareció para ejecutar el terrible castigo que había concebido su acalenturada imaginación. Llegaron luego los gefes choluleses con mayor número de gente del que Cortés les había pedido y fueron colocados en el recinto del atrio. Entonces llamó á los embajadores aztecas y dijo con semblante airado: «Estos malvados para excusar su delito, acusan de traicion á vosotros y á vuestro rey: pero ni yo os creo capaces de tanta maldad, ni puedo persuadirme que el gran Moctéuhzuma quería ser tan cruel enemigo mio, al mismo tiempo que me concede las pruebas más reelevantes de amistad, ni que pudiendo abiertamente oponerse á mis pensamientos, se valga de la traicion para frustrarlos. Yo haré respetar vuestras per-

sonas en el escarniento que voy á dar á estos perversos. Hoy perecerán y su ciudad será destruida. Llamo al cielo y á la tierra por testigos, que su perfidia es la que arma nuestros brazos, para una venganza tan opuesta á nuestro carácter.»

Clavijero cree, que el rey de México no tubo parte en esta combinacion; pero los más antiguos lo suponen autor de ella: y si Cortés habló en estos términos, fué solo para dar una terrible leccion á los mexicanos en las personas de aquella ciudad, para guardar siempre la amistad del rey azteca, aleccionado con aquella catástrofe. Despues de las razones con que los embajadores pudieron disculpar á su soberano, se dió la terrible señal que era un tiro de mosquete.

En un instante asestáronse todos los fusiles y armas de fuego á los infortunados choluleses que se hallaban en el atrio, y se les dirigió una horrible descarga estando reunidos en el centro como una manada de ciervos. Fueron tomados por sorpresa, pues no habían oido el diálogo que procedió con los gefes. Casi no hacian resistencia á los españoles, que siguieron la descarga de sus piezas usando de las espadas; y como los cuerpos medio desnudos de los indios no presentaban resistencia, los herian con tanta facilidad como el labrador siega sus mieses en tiempo de cosecha. Algunos procuraban escalar los muros, pero solo ofrecian así un blanco más seguro á los arcabuceros y archeros. Otros se precipitaban á las puertas, y allí eran recibidos con las largas picas de los soldados que las guardaban. Unos pocos tuvieron mejor suerte ocultándose en los montones de cadáveres de que estaba regado el suelo.

Mientras se verificaba esta horrible carnicería, los compañeros de los asesinados indios, atraidos por el ruido de la matanza, emprendieron desde afuera un furioso ataque sobre los españoles; pero Cortés había co-

locado su gruesa batería en una posición que dominaba las avenidas y arrasaba las filas de los asaltantes tan pronto como se acercaban. En el intervalo de una descarga á la otra, que en el estado de imperfección que en aquella época tenia la ciencia de la guerra era mucho mas largo que en la nuestra, los hacia retroceder cargando con la caballería. Los fogosos corceles, los cañones, las armas de los españoles, todo era desconocido para los choluleses; quienes no obstante la novedad de aquel horrible espectáculo de la luz de las armas de fuego mezclado con el sordo estruendo de la artillería, que retumbaba entre los edificios, se apresuraban á ocupar el puesto de los que habian perecido.

Mientras se verificaba esta horrible lucha, los tlaxcaltecas, oyendo la señal concertada, habian avanzado apresuradamente hácia la ciudad. Traian por orden de Cortés atadas alrededor de sus frentes, ojas de esparto para poder así distinguirse de los choluleses; y llegando en el ardor del combate, cayeron sobre la indefensa retaguardia de éstos, que pisoteados, heridos por las heraduras de la caballería castellana y atacados por sus vengativos enemigos, no pudieron mantener el terreno por mas tiempo. Cedieron, refugiándose á los edificios inmediatos, los cuales siendo en parte de madera, fueron prontamente incendiados. Otros huyeron á los templos; y un fuerte destacamento con algunos sacerdotes á su cabeza, se apoderó del gran teocalli. Habia una tradición vulgar, que ya se ha referido, de que removiéndose parte de las murallas, la deidad tutelar enviaria una inundacion que envolviera á sus enemigos. Los supersticiosos choluleses lograron arrancar algunas de las piedras de los muros del edificio; pero polvo y no agua produjeron. Su falsa divinidad los abandonó en la hora del peligro. Poseidos de desesperacion se refugiaron á las torres de madera que coronaban el templo, y arroja-

ban piedras, jabalinas y flechas encendidas sobre los españoles, que subian la escalera principal de ciento veinte escalones, abierta en el frente de la pirámide. Pero aquella terrible lluvia caia sin hacer daño en los aceros de los cristianos, y antes bien se aprovecharon de los dardos incendiados para poner fuego á la ciudadela, que pronto se convirtió en cenizas. Todavía la guarnicion se sostuvo, y se dice, que aunque se les ofreció cuartel, un solo cholules lo admitió. El resto se precipitó de los parapetos y pereció miserablemente entre las llamas.

«Todo era desolacion y desorden en la hermosa ciudad que poco antes reposaba segura y en paz. Los gemidos de los moribundos, las súplicas del vencido implorando piedad, se mezclaban con el grito de guerra de los españoles; y con el penetrante aullido de los tlaxcaltecas, que desahogaban su rencor y rivalidad tanto tiempo alimentados. Crecia mas la confusion con el incesante trueno del fusil y el crujido de la madera, la cual al caer esparcia una flama que aumentaba la nacarada luz de la mañana, haciendo todo una horrible mezcla de llanto y gemidos que convirtieron á la ciudad santa en un *pandemonium*. Luego que la resistencia cesó, los vencedores se arrojaron á las casas y lugares sagrados, saqueando cuanto contenian de valor, plata y joyas que encontraron en bastante cantidad, trajes y provisiones, codiciadas mas que las primeras por los censillos tlaxcaltecas, lo que facilitó la division de los despojos á satisfaccion de sus confederados los cristianos. Es digno de notar que en medio de esta universal licencia se respetaron las órdenes del general sobre que ninguna violencia se cometiera con las mujeres y niños aunque los tlaxcaltecas habian hecho prisioneros á muchos de éstos y de aquellas, así como á los hombres con el fin de reducirlos á esclavitud. Estas escenas de horror duraron

algunas horas; hasta que Cortés movido de las súplicas de los gefes cholulés que se habían escapado de la matanza y de los enviados mexicanos, consintió por consideración, según dijo, á los representantes de Moctezuma, llamar á sus soldados é impedir en cuanto pudo que continuaran los ultrajes. Se permitió también á dos de los caciques fueran á prometer perdón y protección á todos aquellos de sus camaradas que volvieron á la obediencia, cuyas medidas produjeron su efecto. Por estos consentidos esfuerzos de Cortés y de los caciques se apaciguó el desorden, aunque con mucha dificultad. Los combatientes, tanto españoles como indios, se reunían bajo sus banderas respectivas, y los cholulés, descansando en las seguridades de sus gefes, volvieron unos después de otros á sus hogares.

El primer acto de Cortés fué influir en los guerreros tlaxcaltecas para que libertaran á sus prisioneros. Era tal su deferencia al comandante español, que convinieron aunque no sin alguna murmuración, contentándose con los ricos despojos de los cholulés, que consistían en varios efectos de lujos desconocidos, hacia mucho tiempo en Tlaxcala. El segundo efecto de su cuidado fué limpiar la ciudad, particularmente de los cuerpos muertos, que amontonados en las calles y plaza principal, comenzaban á corromperse. El general en su carta á Carlos V, expresa que murieron tres mil: los mas de los escritores dicen que seis; y algunos otros hacen subir este número. Como que una de las víctimas fué el mas anciano y principal de los caciques, Cortés ayudó á los cholulés á elegir sucesor; y con estas pacíficas medidas se restableció gradualmente la confianza. Los habitantes de las inmediaciones, alentados con las seguridades que recibieron se trasladaron á la capital á cubrir el lugar de su población disminuida. Abriéronse otra vez los mercados, y continuáronse las ocupaciones de una comuni-

dad ordenada é industriosa. Todavía los grandes montones de negras y menudas ruinas atestiguaban el huracan que habia recientemente soplado sobre la ciudad; y los muros que presenciaron la escena de la carnicería en el grande atrio y que permanecieron mas de cincuenta años despues del acontecimiento, recordaban la triste historia de la matanza de Cholula.

«Este pasaje es uno de los que han impreso una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No puede considerarse en nuestros dias, sin horror, el estado de esa hermosa y floreciente capital, invadida en el silencio y entregada á los exesos de una ruda y cruel soldadesca: pero para juzgar exactamente del hecho, debemos trasportarnos al tiempo en que aconteció» (1)

CAPITULO XVI.

Marcha de Cortés á México.

Despues de la horrible carnicería que se experimentó en toda la ciudad, volvió Cortés á su alojamiento donde cuarenta señores de la nobleza habian quedado aprisionados: y éstos rogando al general hiciera concluir tan formidable castigo, le propusieron salir algunos á llamar las mugeres y niños que andaban huyendo por los montes. Cortés mandó publicar un bando en que hacia suspender el estrago de las armas en toda la ciudad y se concedia un indulto general. Entonces empezaron á ocurrir todas las familias fugitivas, lamentando cada cual alguna víctima en aquella espantosa catástrofe: de entre los muertos se levantaron muchos que solo fingieron estarlo para salvar la vida; y el general mandó poner en libertad á todos los prisioneros de ese dia y abrir las pri-

(1) Prescott lib. 3.º cap. 7.º